

EUCARISTÍA

SACRAMENTO DE LA ESPERANZA

La Eucaristía se ha presentado más como el sacramento de la fe, del amor y de la comunión; mucho menos como *'el sacramento de la esperanza'*. Y sin embargo, la Eucaristía está vuelta en todo momento hacia la llegada del Señor. La comunidad eucarística no cesa de clamar: «Anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ven, Señor Jesús».

La asamblea eucarística, en efecto, animada por el Espíritu, no deja de orar: ¡Ven, Señor Jesús! En este grito de la comunidad, resuena la esperanza de los creyentes en medio de la prueba. Así lo atestigua el Apocalipsis, el cual se cierra con estas significativas palabras: «Yo, Jesús, he enviado a mi ángel para que os haga presente todo esto en las distintas iglesias. Yo soy la raíz y el vástago de David, la estrella radiante de la mañana. El Espíritu y la Esposa dicen: '¡Ven!'. Diga también el que escucha: '¡Ven!'; y si alguien tiene sed, venga y beba de balde, si quiere, del agua de la vida... Dice el que atestigua todo esto: Sí, estoy a punto de llegar. ¡Amén! ¡Ven, Señor Jesús! Que la gracia de Jesús, el Señor, esté con todos.» (Ap 22, 16-21) El libro del Apocalipsis es una llamada a la esperanza y perseverancia de la comunidad en la noche y la persecución. ¿Somos conscientes de ello? ¿No se corre el riesgo de reducir la celebración de la Eucaristía a una devoción o a un acto piadoso, cuando no a una obligación?

Una de las notas esenciales del libro del Apocalipsis, con el que se cierra el Nuevo Testamento, es el triunfo del Cordero degollado y la liturgia celeste. En ésta toman parte los que lavaron sus vestidos en la sangre del Cordero y vienen de la gran tribulación. Han triunfado con el Cordero y participan ya de su gloria. Ellos pueden cantar ya el cántico nuevo.

Es importante, para comprender la relación entre Eucaristía y esperanza dos textos de este libro tan enigmático como esperanzador. El libro comienza por una presentación de Cristo resucitado, fundamento de la esperanza cristiana.

«Yo, Juan, hermano vuestro, que por amor a Jesús comparto con vosotros la tribulación y la espera paciente del reino, me encontraba desterrado en la isla de Patmos por haber anunciado la palabra de Dios y haber dado testimonio de Jesús. Caí en éxtasis un domingo y oí detrás de mí una voz potente, que me decía... No temas; yo soy el primero y el último; yo soy el que vive: Estuve muerto, pero ahora vivo para siempre y tengo en mi poder las llaves de la muerte y del abismo. Escribe, pues, lo que has visto, lo que está sucediendo y lo que va a suceder después de todo esto.» (Ap 1, 9-20)

San Pablo afirma sin cesar que nuestra esperanza es Cristo: «Pablo, apóstol de Cristo Jesús según la ordenación de Dios, nuestro Salvador, y de Cristo Jesús, nuestra esperanza» (1Tim 1, 1). En efecto, la esperanza para el cristiano es Jesucristo muerto y resucitado. Y esto es lo que se celebra precisamente en la Eucaristía.

El segundo texto se encuentra hacia el final del mismo libro del Apocalipsis. Canta la celebración de la victoria del Cordero inmolado. La muchedumbre de los rescatados, de toda lengua y nación, expresan su alegría plena y su esperanza realizada ya en el Cordero inmolado, en una liturgia sin ocaso.

«¡Aleluya! El Señor Dios nuestro, el todopoderoso, ha comenzado a reinar. Alegrémonos, regocijémonos y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero. Está engalanada la esposa, vestida de lino puro y brillante. El lino que representa las buenas acciones de los creyentes. Entonces alguien me dijo: Escribe: Dichosos los invitados al banquete de bodas del Cordero. Y añadió: Palabras verdaderas de Dios son éstas... ¡Venid, acudid al gran banquete preparado por Dios!» (19, 1-21)

Todos los días nos referimos a estos textos rebosantes de esperanza cuando somos invitados a participar en la mesa que Dios prepara a sus invitados. Detrás del libro de la revelación, se encuentra la tradición profética y la oración de los salmos: Dios prepara para sus elegidos una mesa en el desierto. En la Eucaristía somos invitados en la fe a tomar parte desde ahora en el banquete escatológico. De balde y sin pagar somos llamados a comer y beber un manjar consistente. Todas estas tradiciones se acumulan en el sacramento de la fe, del amor y de la esperanza.

Las comunidades eclesiales están llamadas a vivir en la alegría y la esperanza. Pero esto supone una conversión profunda, como se establece desde el inicio del libro del Apocalipsis. Ayer como hoy, existe la tentación del desánimo, de caer en la rutina e incluso, en ocasiones, de abandonar la asamblea. ¿Por qué? La cuestión no es nueva y conviene meditarla con serenidad y hondura, pues atraviesa ya la andadura de los primeros discípulos. El ayer y el hoy no son tan diferentes como podríamos imaginar a primera vista. No podemos idealizar los comienzos de la Iglesia ni denigrar el presente. La tentación de la frustración está siempre en el horizonte.

I LO RECONOCIERON AL PARTIR EL PAN

Los discípulos de Emaús se retiraban tristes y sombríos a su casa. Habían seguido con entusiasmo «al profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante el pueblo.» Pero con la muerte de Jesús el Nazareno, su esperanza se vino al traste. Habían esperado que él sería el libertador de Israel y terminó en el madero como el maldito. Esta es la historia. Caminan y hablan con el peregrino desconocido, pero replegados sobre sus esquemas mesiánicos. Esta es la realidad.

«¿Qué conversación es esa que traéis mientras vais de camino?». Ellos se detuvieron con aire entristecido. Y uno de ellos, que se llamaba Cleofás, le respondió: «¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?». Él les dijo: «¿Qué?». Ellos le contestaron: «Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras, ante Dios y ante todo el pueblo; cómo lo entregaron los sumos sacerdotes y nuestros jefes para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron. Nosotros esperábamos que él iba a liberar a Israel, pero, con todo esto, ya estamos en el tercer día desde que esto sucedió. Es verdad que algunas mujeres de nuestro grupo nos han sobresaltado, pues habiendo ido muy de mañana al sepulcro, y no habiendo encontrado su cuerpo, vinieron diciendo que incluso habían visto una aparición de ángeles, que dicen que está vivo. Algunos de los nuestros fueron también al sepulcro y lo encontraron como habían dicho las mujeres; pero a él no lo vieron». (Lc 24, 17-24)

Aquellos hombres habían visto signos y escuchado al maestro, pero jamás salieron de sí mismos. Su esperanza no era, sino la proyección de sus expectativas y fantasías. Con frecuencia, como vemos en los discípulos aun después de la resurrección y que Jesús les instruyese durante cuarenta días en las cosas tocantes al reino de Dios, seguían encerrados en sus sueños, en una utopía construida de acuerdo con unos valores (cf. Hch 1, 1-8). La liberación de Israel era, sin duda alguna, un gran valor. Cuando uno se halla encerrado en sus sueños, se corre el peligro de poner a Dios, consciente o inconscientemente, al servicio de sus planes, en lugar de ponerse al servicio de los designios de Dios. El hombre, al no poder conseguir por sí mismo, su proyectos se vuelve a Dios, para que haga lo que él no puede hacer por sí mismo. Es un poco lo que suele en una cierta religiosidad natural. Se acude a Dios para que dé respuesta a nuestros deseos, que pueden ser buenos en sí, pero que no están situados siempre en el conjunto del plan de Dios.

Y cuando Dios no responde de acuerdo con su deseo, se apodera del hombre religioso un profundo sentimiento de fracaso y decepción. Se da la espalda a la comunidad y uno se retira a su casa. Es una situación depresiva, como sucedió a muchos discípulos.

La experiencia de los discípulos de Emaús es universal. La encontramos con mucha frecuencia en la vida, aun cuando no siempre se presente de la misma forma. Hoy, por ejemplo, se dice que estamos viviendo una cierta depresión y decepción en la vida consagrada, pues muchas de nuestras expectativas no se cumplen. El cristianismo pierde terreno. La relevancia de la Iglesia aparece cada vez más insignificante. Después del Concilio hicimos un gran esfuerzo para salir al encuentro del mundo, para entablar un verdadero diálogo. Algunos piensan que fue un fracaso y una equivocación. Surge así la tentación de refugiarse en grupos cálidos. Incluso se desarrolla una identidad un tanto defensiva. Como los discípulos de Emaús seguimos siendo prisioneros de nuestros proyectos.

Y aquí entra en juego un aspecto importante, que no siempre se piensa bastante. Los discípulos de Emaús eran unos verdaderos activistas. Ellos tenían su proyecto, sus planes. Habían seguido a Jesús porque esperaban por su medio la realización de sus planes buenos y nobles. Ese proyecto tenía raíces culturales y religiosas. Y trataban de llevarlo adelante. El activista no es tanto el que hace muchas cosas, cuanto el que se repliega sobre su propio proyecto, hasta el punto que si Dios no lo lleva a cabo de acuerdo con su tiempo y modo, está decidido a abandonar la comunidad apostólica. Este activismo, el más funesto y destructor de la esperanza, no siempre se piensa y toma en consideración. Un proyecto que suele coexistir con una gran pereza e inactividad. La consecuencia es esta: el activista termina por caminar en la tristeza y angustia. Suele experimentar y alimentar una profunda frustración.

Pues bien, los discípulos de Emaús volverán a la comunidad y a la misión después de reconocer a Jesús en la fracción del pan. Es una conversión radical, pues descubren en sus palabras fuego y en su persona la esperanza que guiaba al pueblo de la alianza, aun cuando la habían reducido a sus sueños mesiánicos, personales y colectivos.

El encuentro con Cristo es real, aun cuando sólo en la fe lo pudieron reconocer. Jesús murió en el madero, pero vive y comparte el camino y la mesa con ellos, como lo hiciera días antes. De repente su vida se ilumina. Se ponen de nuevo en camino. Ahora se dejarán conducir por el Espíritu de la promesa. Es el verdadero comienzo de los tiempos mesiánicos. Aquellos hombres se entregan al designio de Dios. La esperanza les dinamiza y les hace actuar con confianza y decisión. La vida es más fuerte que la muerte.

La esperanza de aquellos discípulos no era ya el reino mesiánico soñado por ellos, sino una persona viva. Como proclama la carta a los Colosenses, Cristo es la realidad, él es la esperanza de la gloria. No son las prácticas piadosas la realidad, sino la persona del resucitado. «Que nadie os critique por cuestiones de comida o de bebida, ni por lo que respecta a fiestas, novilunios o sábados. Todo eso no es más que sombra de las cosas que han de venir; la realidad es Cristo. Que nadie os prive del premio alardeando de humildad o de dar culto a los ángeles; es gente que presume de lo que cree haber visto, que está hinchada de pensamientos mundanos y que no se mantiene unida a Cristo cabeza, por quien todo el cuerpo, a través de los ligamentos y juntas, recibe alimento y cohesión y alcanza el crecimiento que Dios quiere.» (Col 2, 16-19) «Cristo, está entre vosotros y es la esperanza de la gloria.» (Col 1, 27)

En esta óptica, por tanto, la esperanza se presenta como un don que viene a dinamizar la existencia a ponernos en camino hacia el futuro que nos ha sido dado ya en Cristo. La esperanza se presenta así como el dinamismo de la fe y del amor. Ella permite seguir saliendo al encuentro del futuro que se ha anticipado en la resurrección de Cristo.

En la Eucaristía, la Iglesia está llamada todos los días a renovarse en la esperanza, que no defrauda, pues recibe el cuerpo vivo del Resucitado y el amor, que el Espíritu derrama en su corazón (cf. Rom 5, 5). El creyente, al encontrarse con el viviente sabe, por tanto, que marcha hacia la vida en plenitud; y no hacia la muerte. La Eucaristía es el alimento, el viatico, que nos permite levantarnos y caminar hasta el encuentro definitivo con el Señor. Es el alimento que nos permite volver todos los días a la misión. De este alimento se encuentra una prefiguración en la vida dramática del profeta Elías. Éste, tras las amenazas de muerte, va en huida, pues tiene miedo y quiere salvar su vida. Está tan cansado de luchar que desea la muerte; y se tumbó en el desierto. Pero un ángel le toca y le dijo: «Levántate y come, pues te queda todavía un camino

muy largo. Él se levantó, comió y bebió; y con la fuerza de aquel alimento anduvo cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb.» (1R 19, 1-18) Y Elías después de hacer la experiencia del Señor regresará de nuevo a su pueblo para llevar adelante la misión confiada. El que se había deseado la muerte, ahora vuelve desde el Señor con nuevos ánimos. Es el paso del activista que marcha desde él mismo, al hombre de Dios que camina desde la fe esperanzada.

Estas reflexiones plantean una cuestión de fondo para la vida del consagrado: ¿Somos de verdad creyentes? Cuando falla la fe, la esperanza se quiebra. Y esto no puede ser de otro modo, pues la carta a los Hebreos presenta en estos términos la fe: «La fe es el fundamento de lo que se espera y la prueba de lo que no se ve.» (Heb 11, 1) La Eucaristía es el sacramento de la fe y, por lo mismo, de la esperanza.

Si la comunión con el cuerpo de Cristo introduce en su amor, la Eucaristía, sacramento del amor, conduce sin duda a vivir en el dinamismo de su entrega por los demás. De ahí brotaba en Pablo y la comunidad apostólica un coraje inaudito, pues enraizados en el amor no temían nada. He aquí el himno de la esperanza de quien se ha sentido seducido por el amor de Cristo. «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Ya lo dice la Escritura: Por tu causa estamos expuestos a la muerte cada día: nos consideran como ovejas destinadas al matadero. Pero Dios, que nos ama, hará que salgamos victoriosos de todas estas pruebas. Y estoy seguro de que ni muerte, ni vida, ni ángeles, ni otras fuerzas sobrenaturales, ni lo presente, ni lo futuro, ni poderes de cualquier clase, ni lo de arriba, ni lo de abajo, ni cualquier otra criatura podrá separarnos del amor de Dios manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro.» (Rom 8, 35-39)

La Eucaristía, por tanto, al hacernos entrar en comunión de vida, destino y misión con Jesús renueva en la verdadera esperanza a cuantos la celebran con fe. Es el viatico que Dios nos da gratuitamente para que podamos andar el camino de la libertad, aun cuando por momentos pueda resultar un tanto dramático. Esta es la verdad que debemos plantearnos en este tiempo de Adviento que comenzamos. La Eucaristía no es un refugio, sino un alimento divino que nos da energías nuevas para caminar hasta el encuentro definitivo con el Padre, hasta entrar en posesión plena de la herencia que se nos ha dado en Jesucristo, nuestro Señor y nuestro hermano. Nadie puede ignorar esta verdad, un auténtico dinamismo que nos pone en camino todos los días hacia la montaña santa.

II MANTENER FIRME LA ESPERANZA

«Así pues, hermanos, ya que tenemos libre entrada en el santuario gracias a la sangre de Jesús, que ha inaugurado para nosotros un camino nuevo y vivo a través del velo de su carne, y ya que tenemos un gran sacerdote en la casa de Dios, acerquémonos con corazón sincero, con una fe plena, purificado el corazón de todo mal de que tuviéramos conciencia, y lavado el cuerpo con agua pura. *Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos*, pues quien nos ha hecho la promesa es digno de fe. Procuremos estimularnos unos a otros para poner en práctica el amor y las buenas obras; *no abandonemos nuestra asamblea*, como algunos tienen por costumbre, sino animémonos mutuamente, tanto más cuanto que ya veis que el día se acerca.» (Heb 10, 19-25)

Este texto se enmarca de forma clara en la perspectiva del dinamismo propio de la asamblea eucarística. Después de afirmar el nuevo culto, el nuevo sacerdocio y la nueva alianza, el predicador saca la conclusión: para permanecer en la esperanza es preciso no abandonar la comunidad como algunos hacen. La esperanza no puede mantenerse de forma individual. La fe y la caridad nos unen en una misma esperanza. «Uno solo es el cuerpo y uno solo es el Espíritu, como también es una la esperanza que encierra la vocación a la que habéis sido llamados.» (Ef 4, 4) Es importante no dejar de lado la dimensión comunitaria de la esperanza cristiana. El «sálvese quien pueda» es radicalmente anticristiano, pues ignora el verdadero sentido de la esperanza.

La carta a los Hebreos habla de mantenerse firmes en la esperanza que profesamos todos juntos. «*Mantengámonos firmes en la esperanza que profesamos*», pues quien nos ha hecho la promesa es digno de fe. La confesión de la esperanza es una manera de vivir la existencia en medio de las pruebas inevitables de la vida, que el propio Jesús experimentó. Probado en todo igual que nosotros, menos en el pecado, es decir, en la ruptura de comunión con su Padre (cf. Hb 4, 15).

La comunidad pasaba por momento de zozobra y el autor de la carta a los hebreos quería sostener su esperanza. Según los estudiosos, la comunidad atravesaba un momento difícil. Entre los cristianos había indolencia y descuido (5, 11; 6, 12), poco aprecio de la salvación (2, 3) abandono de las reuniones de la comunidad (10, 25). La fe estaba en crisis (3, 12) y algunos cayeron en la apostasía (6, 4-6; 10, 25-31). 'El escrito es una vibrante llamada a intensificar la fe y la esperanza en Jesucristo'. No se puede decir que Jesucristo es nuestra esperanza y buscar respuesta a los problemas de la comunidad en otros maestros y medios.

La esperanza se basa en la promesa divina; y la promesa está hecha a la totalidad del pueblo y no sólo al individuo. Esto quiere decir, por tanto, que nadie puede situarse al margen de la asamblea litúrgica si quiere desarrollar su esperanza. Es un tema importante para la oración y la reflexión. El Concilio recuerda, por su parte, que Dios no ha querido salvar a los hombres de forma individual, sino como pueblo (cf. LG 9).

La fidelidad de Dios es el fundamento último de la esperanza, la cual debe vivirse de forma dinámica (cf. 1Cor 1, 1-9). En efecto, la esperanza es la energía divina en nosotros que lanza al pueblo hacia su futuro. El miedo se opone de forma radical a la esperanza. La persona de esperanza inicia de nuevo el camino todos los días. Pero dada la fragilidad humana es de capital importancia sostenerse en el camino de la libertad y de la vida.

La asamblea litúrgica es vista por el autor de la carta a los Hebreos como escuela, trampolín y casa de esperanza. En ella se celebra la victoria del apóstol y sumo sacerdote de la fe. La Eucaristía proclama la muerte y resurrección de Jesús hasta que vuelva en gloria. Y los convidados al banquete eucarístico permanecen firmes en la confesión de la esperanza, es decir, en la proclamación del triunfo del Hijo. Lo hacen en la acción de gracias, pues se sienten inmersos en el cortejo de los vencedores. El hombre de esperanza es un hombre eucarístico. «Gracias sean dadas a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo y valiéndose de nosotros esparce en todo lugar la fragancia de su conocimiento. Porque nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo, tanto entre los que se salvan, como entre los que se pierden: para éstos, olor de muerte que lleva a la muerte; para aquellos, olor de vida que lleva a la vida.» (2Cor 2, 14-16) Eucaristía y esperanza se aúnan en Cristo y en su discípulo.

A la luz de esta palabra es muy importante preguntarse cómo vivimos la comunidad eucarística como un verdadero espacio de esperanza. Una vivencia correcta de la Eucaristía nos ayuda a vivir como personas y comunidad vueltos hacia el futuro con gozosa esperanza.

La Eucaristía no puede convertirse, como sucede con excesiva frecuencia, en un lugar ético o piadoso. Los cristianos reciben el pan para el camino. Lo reciben de balde, pues es Dios quien nos ha preparado la mesa, él nos ha dado el pan bajado del cielo. Por ello es necesario mantener el dinamismo adecuado. La carta a los Hebreos, a la cual muchos la presentan como un homilía, es una invitación a entrar por Cristo en la vida sin ocaso. No deja de extraer las consecuencias morales, pero el tono de esperanza prevalece.

Para suscitar la esperanza en la comunidad, lo primero de todo es centrar la mirada en la acción del Hijo enviado por el Padre. Él es el Mediador de la nueva y definitiva alianza. Es el que intercede ante el Padre por nosotros. Es el sumo sacerdote que nos incorpora a su liturgia. La comunidad, por tanto, aparece como la casa de Dios, como la caravana que avanza hacia el Padre.

En la Eucaristía comemos todos el mismo alimento y estamos llamados a recorrer juntos el mismo camino. Nadie, por tanto, puede caminar por libre ni abandonar a los demás a su suerte. En medio de las alegrías y las pruebas, los cristianos estamos llamados a compartir la misma esperanza. La llamada a la esperanza, que brota de la Eucaristía, nos urge a vivir como

comunidad de vida, misión y destino. ¡Y que lejos estamos de ello! La cultura y mentalidad del neoliberalismo siguen propugnando la lacra del individualismo. La esperanza verdadera exige de todos una gran solidaridad, un compartir fraterno.

Mantener firme la esperanza es decisivo, pues vivimos una auténtica crisis de esperanza. Los activistas de hace unos años propugnaron la ideología del desarrollo indefinido basado en las posibilidades de los hombres. La consecuencia de tal ideología se manifiesta en un verdadero oscurecimiento de la esperanza como señaló la exhortación apostólica post-sinodal *Ecclesia in Europa*. La «perdida de la memoria cristiana va unida a un cierto *miedo en afrontar el futuro*.» Y añade el Papa: «La imagen del porvenir que se propone resulta a menudo vaga e incierta. Del futuro se tiene más temor que deseo.» «Se está dando un difusa *fragmentación de la existencia*; prevalece una sensación de soledad; se multiplican las divisiones y las contraposiciones.» El individualismo crece y la solidaridad se evapora. La persona se queda sin el entorno familiar y social en el que crece y se desarrolla de forma armónica. Es un verdadero drama para los débiles y frágiles.

Pero «la raíz de la pérdida de la esperanza está en *el intento de hacer prevalecer una antropología sin Dios y sin Cristo*. Esta forma de pensar ha llevado a considerar al hombre como ‘el centro absoluto de la realidad, haciéndolo ocupar así falsamente el lugar de Dios y olvidando que no es el hombre el que hace a Dios, sino que es Dios quien hace al hombre. El olvido de Dios condujo al abandono del hombre’, por lo que, ‘no es extraño que en este contexto se haya abierto un amplísimo campo para el libre desarrollo del nihilismo, en la filosofía; del relativismo en la gnoseología y en la moral; y del pragmatismo y hasta del hedonismo cínico en la configuración de la existencia’. La cultura europea da la impresión de ser una apostasía silenciosa por parte del hombre autosuficiente que vive como si Dios no existiera.» Y, sin embargo, la nostalgia de la esperanza pervive en el corazón humano, pues «el hombre no puede vivir sin esperanza: su vida, condenada a la insignificancia, se convertiría en insoportable.» (8-10)

Los creyentes y consagrados, personal y comunitariamente, tenemos mucho que aportar en este marco; para ello debemos ser en la comunión de la Iglesia una auténtica comunidad de fe, amor y esperanza.

III HASTA QUE ÉL VUELVA

La Iglesia primitiva, insignificante y acosada por el mundo, se reunía asiduamente para la fracción del pan, para celebrar el memorial del Señor. «Los que habían sido bautizados perseveraban en la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en las oraciones... Unánimes y constantes, acudían diariamente al templo, partían el pan en las casas y compartían los alimentos con alegría y sencillez de corazón; alababan a Dios y se ganaban el favor de todo el pueblo. Por su parte, el Señor agregaba cada día los que se iban salvando al grupo de los creyentes.» (Hch 2, 42-47)

La originalidad del culto de los bautizados se centró desde el inicio en la celebración de la cena del Señor. A diferencia de la Pascua judía, que se celebraba una vez al año, la Pascua de Jesucristo se festejaba de forma asidua por la comunidad de los discípulos. Lo hacía en nombre del mandato divino. La carta primera a los Corintios contiene varias referencias explícitas e implícitas a la celebración del memorial del Señor. «Por lo que a mí toca, del Señor recibí la tradición que os he transmitido, a saber, que Jesús, el Señor, la noche en que iba a ser entregado, tomó pan y, después de dar gracias, lo partió y dijo: ‘Esto es mi cuerpo entregado por vosotros; haced esto en conmemoración mía... Así pues, siempre que coméis de este pan y bebéis de este cáliz, anunciáis la muerte hasta que él venga.» (1Cor 11, 17-34) La celebración mantenía la tensión escatológica del pueblo de Dios. Frente a la tentación de querer acomodarse al mundo,

pues la comunidad quería ubicarse en medio de la ciudad con la fuerza y sabiduría de los otros grupos, los cristianos estaban llamados a permanecer vueltos hacia la venida del Señor.

La cena del Señor no es sólo memorial del pasado, lo es también del futuro que sale a nuestro encuentro. Este punto es decisivo para un diálogo con el mundo, pues de otra forma se pierde la verdadera novedad de la Iglesia en el mundo. La mentalidad del hombre de la calle se halla hoy configurada por una amalgama de ideologías sin digerir, por lo que podría calificarse de un sincretismo ideológico. Algo así ocurre también entre los cristianos sencillos. La cultura proveniente de las luces encierra al hombre en el mundo y sobre mismo, pues imagina que el hombre puede ser el constructor de su futuro; y lo es de alguna manera, si ese futuro queda encerrado en las estrechas coordenadas de nuestro mundo. Si el porvenir del hombre se encuentra en más confort y más riqueza, en más placer y más años de vida, la dinámica de la apostasía silenciosa, del trabajar como si Dios no existiera, quizás pudiera mantenerse. Pero la antropología cultural muestra hasta que punto el ser humano está desfondado y abierto, por lo mismo, hacia una vida sin ocaso. Algo que los hombres, por ilustrados que sean, no dejan de plantearse.

Pues bien, la Eucaristía mantiene viva siempre esta apertura hacia el Señor que vuelve. La Eucaristía es memorial, signo e instrumento, del futuro que se hace presente; como lo es del acontecimiento de la muerte y resurrección del Señor. En la famosa antífona de las Vísperas del día del Corpus Christi rezamos: «¡Oh sagrado banquete, en que Cristo es nuestra comida, se celebra el memorial de su pasión, el alma se llena de gracia y se nos da la prenda de la gloria futura! Aleluya.» La Eucaristía es, por tanto, el sacramento en el que el pasado y el futuro se hacen presencia. Ella nos introduce en el hoy eterno de Dios. Y el pueblo santo y sacerdotal recibe la misión en el mundo de anticipar el futuro de manera sacramental, esto es, de manera significativa e instrumental.

En esta perspectiva, el Papa Juan Pablo II escribe:

«La aclamación que el pueblo pronuncia después de la consagración se concluye oportunamente manifestando la proyección escatológica que distingue la celebración eucarística (cf 1Cor 11, 26): ‘... hasta que vuelvas’. La Eucaristía es tensión hacia la meta, pregonar el gozo pleno prometido por Cristo (cf Jn 15, 11); es, en cierto sentido, anticipación del Paraíso y ‘prenda de vida futura’. En la Eucaristía, todo expresa la confiada espera: ‘mientras esperamos la gloriosa venida de nuestro Salvador Jesucristo’ (Misal Romano, Embolismo después del Padrenuestro). Quien se alimenta de Cristo en la Eucaristía no tiene que esperar el más allá para recibir la vida eterna: *la posee ya en la tierra* como primicia de la plenitud futura, que abarcará al hombre en su totalidad. En efecto, en la Eucaristía recibimos también la garantía de la resurrección corporal al final del mundo: ‘El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna, y yo le resucitaré en el último día’ (Jn 6, 54). Esta garantía de la resurrección futura proviene de que la carne del Hijo del hombre, entregada como comida, es su cuerpo en el estado glorioso de resucitado. Con la Eucaristía se asimila, por decirlo así, el secreto de la resurrección. Por eso san Ignacio de Antioquia definía con acierto el Pan eucarístico: ‘farmaco de inmortalidad, antídoto contra la muerte.» (EDE 18)

En la Eucaristía, en efecto, nos unimos a la liturgia celeste y celebramos el futuro que nos ha sido dado en la carne de Jesucristo, muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación.

Pero se equivocaría quien viviera la esperanza eucarística al margen del mundo, como un refugio frente a él. Es todo lo contrario, la tensión escatológica de la Eucaristía hace que el creyente se comprometa en la preparación de los materiales del reino de Dios. La Eucaristía se realiza con el pan y el vino, frutos de la tierra y del trabajo del hombre. Y lo mismo debe suceder con el resto de las cosas del mundo. Por ello el Papa escribe:

«Una consecuencia significativa de la tensión escatológica es que da impulso a nuestro camino histórico, poniendo una semilla de viva esperanza en la dedicación cotidiana de cada uno a sus propias tareas. En efecto, aunque la visión cristiana fija su mirada en un ‘cielo nuevo’ y una ‘tierra nueva’ (Ap 21, 1), eso no debilita, sino que más bien *estimula nuestro sentido de responsabilidad respecto a la tierra presente*. Deseo recalcarlo con fuerza al principio del nuevo

milenio, para que los cristianos se sientan más que nunca comprometidos a no descuidar los deberes de su ciudadanía terrenal. Es cometido suyo contribuir con la luz del Evangelio a la edificación de un mundo habitable y plenamente conforme al designio de Dios.

«Muchos son los problemas que oscurecen el horizonte de nuestro tiempo. Baste pensar en la urgencia de trabajar por la paz, de poner premisas sólidas de justicia y solidaridad en las relaciones entre los pueblos, de defender la vida humana desde su concepción hasta su término natural. Y ¿qué decir, además, de las numerosas contradicciones de un mundo ‘globalizado’, donde los más débiles, los más pequeños y los más pobres parecen tener bien poco que esperar? En este mundo es donde tiene que brillar la esperanza cristiana. También por eso el Señor ha querido quedarse con nosotros en la Eucaristía, grabando en esta presencia sacrificial y convivial la promesa de una humanidad renovada en el amor. Es significativo que el evangelio de Juan, allí donde los Sinópticos narran la institución de la Eucaristía, propone, ilustrando así su sentido profundo, el relato del ‘lavatorio de los pies’, en el cual Jesús se hace maestro de comunión y servicio (cf Jn 13, 1-20). El apóstol Pablo, por su parte, califica como ‘indigno’ de una comunidad cristiana que se participe en la Cena del Señor, si se hace en un contexto de división e indiferencia hacia los pobres (1Cor 11, 17.22.27.34)» (EDE 20)

La relación entre esperanza, Eucaristía y compromiso se presenta así como una exigencia interna del sacrificio mismo de Cristo. Nadie puede honrar verdaderamente a Cristo, si no lo sirve en aquellos con los que ha querido identificarse en su encarnación y pascua. Se hizo el último esclavo para liberar a los esclavos para la vida. La celebración, pues, abre a la esperanza y al compromiso con los desheredados de este mundo. La mesa eucarística reúne a todos como hermanos y comensales del mismo banquete, que Dios da a todos sin distinción. Quien celebra la Eucaristía se compromete a hacer del mundo una mesa compartida.

La tensión escatológica, por tanto, es una llamada a caminar en la fe, la esperanza y la caridad al servicio de los pobres e insignificantes de este mundo.

IV CONSECUENCIAS

1. La celebración de la Eucaristía introduce en un dinamismo permanente de conversión. Es la consecuencia de su tensión escatológica. «Anunciar la muerte del Señor ‘hasta que venga’, comporta para los que participan en la Eucaristía el compromiso de transformar su vida, para que toda ella llegue a ser en cierto modo ‘eucaristía’. Precisamente este fruto de transfiguración de la existencia y el compromiso de transformar el mundo según el Evangelio, hacen resplandecer la tensión escatológica de la celebración eucarística y de toda la vida cristiana: ‘¡Ven, Señor Jesús!’» (EDE 20)
2. En medio de un mundo que sufre una cierta depresión, pues se le ha secuestrado el verdadero dinamismo de la esperanza que funda al hombre, es preciso que se instaure una verdadera formación eucarística. Hoy es muy importante recuperar el sentido profundo del día del Señor, como día en que renacemos a la esperanza que se nos ha dado en la resurrección de Cristo Jesús..
3. El sacramento de la comunión debe desarrollar como desde dentro el sentido de una real solidaridad y comunión con los pobres de la tierra..
4. El camino que nos espera es largo, pues nuestras comunidades, por lo general, están lejos de vivir en esta dinámica. Pero no podemos desesperar ni desconfiar. La cena pascual es la vida que se nos ofrece gratuitamente. Jesús no desconfió de la acción del Espíritu en sus discípulos, aun cuando sabía que de entrada le abandonaría.